

tos apóstoles y mártires. Al fin del cuarto: Cuarenta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de los santos confesores. Al fin del quinto: Cincuenta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de las santas vírgenes.

XII. El segundo afecto será congratularse de este modo: Yo me congratulo contigo, oh dulcísima y venerada madre mía, por la gracia que recibiste cuando el Padre eterno te escogió por su hija, el Hijo por su madre y el Espíritu Santo por su esposa, y doy gracias de todo corazón á esas augustas y adorables personas divinas por el amor que te tuvieron y las mercedes que te hicieron. Al siguiente diez habrá que escoger algún otro privilegio ó misterio y congratularse igualmente con ella por los portentos que obró Dios en ella y por ella, y así sucesivamente.

XIII. El tercero será la adoración; para lo cual podrá servir lo que se ha dicho mas arriba de la adoración interior á fin de no incurrir en repeticiones. Algunos añaden á cada salutación angélica una adoración exterior, como doblar la rodilla, inclinar la cabeza ú otra semejante.

XIV. El cuarto será el deseo de verla honrada y servida de los fieles, de los infieles, de los herejes y en general de todos los que son capaces de hacerle algún servicio ó tributarle algún honor. A este afecto puede referirse el ofrecimiento de todo el honor y servicio que se le da en el cielo y que ha recibido desde el principio del mundo y recibirá hasta el fin de los siglos.

XV. Lo mismo digo del amor, de la contrición, de las diversas maneras de peticiones y de otros semejantes afectos, que cada uno podrá practicar segun se sienta mas animado de estos ó de aquellos. Concluyo el discurso con tres advertencias. La primera es que muchos empiezan el rosario por esta antifona de que usa la iglesia para principiar el oficio divino: *Domine, labia mea*

*aperies* etc.; ó por estotra: *Dignare me laudare te, Virgo sacra. Da mihi virtutem contra hostes tuos.*

XVI. La segunda es que así como la iglesia ha instituido que el salterio se cante alternativamente en el coro para tomar aliento, excitarse á la devoción oyendo que los demás bendicen á Dios con nosotros é imitar á los serafines de Isaías, segun dice S. Juan Damasceno en el tratado del trisagio; de la misma manera pueden dos ó mas rezar provechosamente á coros el salterio de la Virgen.

XVII. La tercera es que para que nadie se excuse de practicar esta devoción pretextando sus muchas ocupaciones, conviene saber que puede dividirse de modo que se rece ya un diez, ya dos, ya tres; y aun cuando todos los días no se pasase de un diez, al cabo de la semana se habria rezado mas de una tercera parte de rosario. La iglesia nuestra madre me sugiere esta idea, porque para acomodarse á nuestra flaqueza divide como en siete estaciones el oficio divino que sus ministros estan obligados á rezar diariamente.

§. VI. — El sexto rasgo de devoción es rezar á menudo la corona de la Virgen.

I. Las mas de las cosas que se han dicho del rosario, convienen tambien á la corona de la Virgen, y lo demás puede reducirse á dos capítulos, es decir, á su institución primera y á algunos prodigios que ha obrado Dios para mostrar que le es agradable esta devoción.

II. En cuanto al primer punto es cosa averiguada que la corona es una prenda hereditaria del cariño de la madre de Dios á la orden de S. Francisco, así como el rosario lo es del que profesa á la de santo Domingo. S. Juan Capistrano, religioso franciscano observante, que murió en Hungría el año 1456, fué elegido por la madre de Dios para publicar esta devoción, como Alano

Rupense para ser el pregonero del rosario. Ya queda dicho lo que le acaeció predicando un día en una plaza de Aquila, ciudad del reino de Nápoles. Otro religioso de la misma orden, que dedicó al papa Sixto IV un libro sobre el origen, progresos y prodigios de la corona de la Virgen, afirma que el mismo santo refería el origen de ella á lo que voy á decir. Un clérigo que acostumbraba poner todos los días una corona de flores á una imágen de nuestra señora, entró en la religion de S. Francisco á poco de fundada y comenzó á acongojarse y afligirse porque en su nuevo estado no tenia libertad para practicar aquella devocion. Ya revolvía en su ánimo el proyecto de dejar la orden, cuando se le apareció la madre de Dios y le dijo que se guardase de abandonar su empresa y no se apurase por no poder hacerle el obsequio que antes, porque ella le enseñaría el modo de ofrecerle otra corona incomparablemente mas agradable. Esta será, le dijo la bondadosa señora, una corona de oraciones en honor de los siete gozos principales que recibí en la concepcion de mi amado hijo, en la visitacion á mi prima santa Isabel, en la natividad del Verbo, en la adoracion de los magos, en la coronacion de mi hijo, al saber la noticia de su resurreccion y en mi Asuncion al cielo. A este fin dirás siete veces la oracion dominical y despues de cada una diez Ave Marias. En quanto se divulgó esta devocion, la recibieron todos los fieles con afecto cordial, y fué creencia comun que Maria santísima habia dispuesto aquel número de Ave Marias en reverencia de los años que vivió en el mundo. Como despues se ha averiguado que la madre de Dios vivió setenta y dos años á lo menos, muchos para satisfacer su devocion han añadido un diez entero, constando así la corona de ocho Pater noster y setenta y tres Ave Marias.

III. Los prodigios con que la Virgen ha autorizado esta devocion y declarado el contentamiento que de ella

recibia, se refieren mas extensamente en la crónica de la orden seráfica y en el libro dedicado á Sixto IV, de que acabo de hablar. Ve aquí dos casos que he bebido en esas fuentes. Un religioso observante que guardaba fielmente la costumbre de rezar todos los días la corona antes de comer, se acordó una vez de que no lo habia hecho, en ocasion que la comunidad estaba ya en el refectorio. Habiéndoselo manifestado al prelado, fácilmente obtuvo licencia para ir á rezar su devocion; mas como tardase demasiado en volver, el guardian envió á buscarle. El religioso encargado de esta comision percibió al acercarse al lugar donde estaba su hermano, un gran resplandor y divisó en medio de él á la virgen Maria acompañada de dos ángeles, quienes recibían de boca de aquel piadoso siervo una rosa muy fresca y hermosa cada vez que decia la salutacion angélica, y la colocaban primorosamente en la cabeza de nuestra señora. También advirtió que siempre que se pronunciaba el nombre adorable de Jesus, la Virgen y los dos ángeles hacian una reverencia. Acabada la corona desapareció la vision.

IV. Una señora muy discreta y virtuosa tenia tan bien enseñados á sus hijos, que ninguna mañana salian de casa sin rezar antes la corona arrodillados delante de la imágen de la Virgen. Un día cuando iban á la escuela, uno de ellos, distraído y travieso como los de su edad, al pasar un puente se cayó al río. Mientras la gente corría á socorrerle, no faltó quien fuera á dar parte á su madre. Esta señora dió una prueba cierta de su sólida virtud, porque en vez de afligirse desmedidamente y aturdir la casa y las calles con sus gritos y llanto se fué en derecha á la imágen de la Virgen, ante la cual acostumbraban rezar sus hijos, y le recomendó encarecidamente el niño que se hallaba en tan inminente riesgo, diciendo una Ave María. Luego se encaminó hácia el puente, y

asi que llegó, apareció su hijo sobre el agua y le dijo que tuviese buen ánimo, porque no le costaría mas que el susto. Sacáronle del rio sin lesion alguna, y llegado á su casa confesó que la señora á quien rezaban todos los dias, se le habia aparecido y le habia sacado del agua. El devoto lector se figurará fácilmente el regocijo que habria en aquella casa, y las bendiciones que se darian á la madre de misericordia por tan señalada merced. Asi me abstengo de decir una palabra.

§. VII.—El séptimo rasgo de devocion es rezar á menudo la corona de las doce estrellas.

I. Esta es la tercera corona que pondremos en las sienes de la madre de Dios, digna de ceñirse millares de ellas. Se llama la corona de las doce estrellas, y es devocion que practican diariamente infinitas personas. Los que se escudan con sus muchas ocupaciones para rezar oraciones breves, no sé qué pretexto podrán alegar para excusarse de esta, que puede despacharse mientras se da una vuelta por una sala, pues no consta mas que de tres Pater noster y doce Ave Mariás. Es menester no hacer mucho caso de su salvacion para estimar en tan poco el favor de nuestra señora, cuando puede granjearse á tan poca costa.

II. El Espiritu Santo sugirió la idea de esta corona en el capítulo XII del Apocalipsis bajo la figura de la mujer misteriosa coronada de doce estrellas, las cuales en opinion de los santos doctores alegados al principio de esta obra significan los doce privilegios de la madre de Dios. Se han añadido tres Pater noster en honor de la santísima Trinidad, que suministró la materia y la forma de esta preciosa corona, es decir, que enriqueció con tantas gracias á la Virgen santísima. El modo de rezar esta corona es el siguiente. Despues del primer Pater

noster y las cuatro Ave Marias se dan gracias al Padre eterno por cuatro señalados favores hechos á su querida hija, esto es, su predestinacion eterna, su inmaculada concepcion, su santa natividad, su admirable anunciacion y el inefable misterio de la encarnación del Verbo: en reverencia de estos altos misterios y en consideracion de tan singulares gracias se piden por la intercesion de la Virgen la salud eterna, la sincera detestacion de los pecados pasados, el ardiente deseo de aspirar á la santidad y á la abundancia de las grácias del Espiritu Santo para cooperar á la salvacion de muchos, refiriendo cada gracia á cada uno de los susodichos misterios. Despues del segundo Pater noster y de las cuatro Ave Marias se dan gracias al hijo por las otras cuatro estrellas que puso sobre la cabeza de su santísima madre; á saber, por haber habitado en sus entrañas nueve meses y haber salido de ellas sin lesion de su virginal pureza, por haber mamado de sus castisimos pechos, por haberla tenido como aya y guardadora de su persona durante la menor edad y por haberla elegido para compañera de sus trabajos, de sus gozos y de su pasion. Las cuatro peticiones que corresponden á estas cuatro prerogativas, se enderezan á alcanzar la completa pureza de cuerpo y alma, la verdadera aficion á la carne de Jesucristo, que es el sustento de nuestras almas, la entera sumision á sus disposiciones y la humilde paciencia en las adversidades. Despues del tercer Pater noster se dan gracias al Espiritu Santo por cuatro insignes dones que concedió á su amadísima esposa, haciéndola virgen y madre juntamente, descansando en ella como en su santuario, ensalzándola al cielo en cuerpo y alma y constituyéndola reina y señora del universo. Las cuatro gracias que se piden en favor de estos cuatro privilegios, son una recta intencion en todos los actos, un corazon dócil á las mociones del Espiritu Santo, una vida santa y una buena muerte y la protec-

cion especial de la madre de Dios. No es decir esto que las doce saluciones angélicas esten precisamente anexas á las doce prerogativas nombradas: se pueden sustituir otras en su lugar, porque la principal regla es la devocion particular del que reza esta oracion; de manera que si alguno quisiera servirse del orden que he guardado en los tratados anteriores para representar las grandezas de excelencia, poder y bondad de la madre de Dios, tendria á la mano doce grandezas de cada especie y por consiguiente tres modos diferentes de honrar á la Virgen rezando su corona. Algunos dicen el credo á la conclusion; otros añaden ademas la salve, la antífona *Sub tuum præsidium* con el versículo *Ora pro nobis, sancta Dei genitrix*, y la oracion *Concede nos*.

III. Para terminar referiré un caso admirable sacado del suplemento del Espejo de los ejemplos. Atravesando tres hombres por un bosque, les salieron unos ladrones y mataron á dos de ellos: el tercero que iba detrás mas despacio, pidió á los malhechores que le dejaran saludar á la madre de Dios y rezar la corona antes de morir. Se apartó un poco para este fin y se hincó de rodillas. Los ladrones que le observaban cuidadosamente, vieron al rededor de él tres señoras de peregrina hermosura: la principal de ellas estaba sentada en un trono de oro, y las otras á manera de damas de honor permanecian en pie, y á medida que el infeliz caminante rezaba, si era un Pater noster, salia de su boca una rosa encarnada, y si era una Ave Maria, una rosa blanca. Las dos damas las iban enhebrando en un cordon de oro en forma de corona y las presentaban con mucho respeto á su reina, la cual desapareció con su comitiva en cuanto la hubo colocado en la cabeza del que se encomendaba á ella de todas veras. Esta oracion le valió la vida y no fué menos provechosa á los malhechores, porque habiéndole preguntado quiénes eran aquellas señoras con

las cuales habia conversado, y hallando que él no sabia nada de lo que habia acontecido, se lo contaron todo punto por punto; por donde vino en conocimiento de que aquella reina extraordinariamente bella y majestuosa no era otra que la madre de Dios, y las dos damas santa Lucia y santa Catalina. Este espectáculo hizo tanta mella en aquellos corazones empedernidos, que se convirtieron é hicieron penitencia. El caminante agradecido á su bienhechora creyó que de ningun modo mejor podia pagar un beneficio tan señalado que consagrándose al servicio de aquella señora toda su vida.

§. VIII.—El octavo rasgo de devocion es acostumbrarse á rezar la corona de diez Ave Marias.

I. Aquellos que aunque devotos de la Virgen prefieren las devociones mas breves ó se excusan con sus negocios y ocupaciones para no practicar otras mas largas, hallarán aquí una oracion de su gusto y que tambien agrada á la madre de Dios. Si le niegan hasta este corto obsequio, no tengan jamás la osadía de llamarse siervos suyos. Aludo á la corona de diez Ave Marias que nuestro Señor inspiró á la B. Juana de Francia, fundadora de la orden de la Anunciada, para honrar á Maria santísima. La sierva de Dios intentó reverenciar por este número las diez virtudes principales que llamaba las diez satisfacciones de la Virgen, esto es, su singular pureza de cuerpo y alma, su acendrada religion, su religiosa prudencia, su prudente humildad, su humilde obediencia, su ingénuo verdad tanto en las palabras como en las obras, su estrechísima pobreza, su incontrastable paciencia, su ardentísima caridad, la entera conformidad de su voluntad con la de su amado hijo así en la vida como en la muerte. Rezaba esta oracion con tanta atencion y fervor y gastaba por lo comun tanto tiempo, porque los

sentimientos que tenía de las grandezas de la Virgen, la arrebataban hasta el cielo, que era fácil de ver la preferencia con que la madre de Dios aceptaba su devoción. Juana se fijaba principalmente en las cuatro palabras *Ave, Maria, Dominus tecum*, saboreándolas con indecible dulzura y gusto interior, imposible de declarar como no fuera por ella sola.

II. Repartía sus rosarios á las religiosas de su orden y á los seglares que iban á visitarla, como otros tantos tesoros del cielo, y para hacer su uso mas provechoso impetró del papa Alejandro VI diez mil dias de indulgencia en favor de los que rezasen todos los dias esta corona. Leon X las aumentó luego hasta diez mil años estimulando así á los fieles á apreciar y practicar esta devoción.

§. IX. — El noveno rasgo de devoción es habituarse á rezar diversas oraciones que la iglesia ofrece á la Virgen santísima.

I. Mucho gusto da ver un ramillete primorosamente compuesto de las flores mas vistosas y aromáticas de un jardin, la rosa, el clavel, el alhelí, el amaranto, el tulipán, el jazmín, la violeta, el pensamiento etc.: parece un presente digno de una gran señora. Pero ¡cuán diferente es el ramillete místico que voy á ofrecer á la reina del cielo, compuesto de varias oraciones excelentes como otras tantas flores cogidas en los amenos jardines de la iglesia! Si el lector tiene la curiosidad de entrar en ellos, verá primero un cuadro de preciosos cánticos é himnos, luego otro de bellisimas antifonas, en seguida otro de responsorios y otro de varias oraciones singulares; de modo que podrá formar un ramillete vistoso y de mucho valor.

*El himno Ave, maris stella.*

II. Paréceme dulcísimo el himno *Ave, maris stella*, como que se compuso para reverenciar el misterio mas dulce entre todos los de la Virgen, siendo su autor segun graves escritores el melifluo S. Bernardo, tierno siervo de María. Creo que una de las mas fuertes conjeturas que los induce á pensar así, la sacan de aquellas amorosas palabras: *Monstra te esse matrem*; que parece son las mismas que el santo pronunciaba cuando se le apareció nuestra señora y le favoreció con una de las mas regaladas finezas de que pueden preciarse los validos de María. Yo no los contradigo, porque no tengo objecion poderosa que hacerles. Acuérdome con este motivo del caso de cierto mancebo, que habiéndose entregado al diablo en cuerpo y alma recibió la cédula que le habia dado, al tiempo de estar rezando aquellas mismas palabras en el santuario de Loreto. Referiré otro milagro que se cuenta en la historia de nuestra señora de Montserrat. Viendo los monjes de aquel célebre monasterio que la imágen de nuestra señora estaba muy estropeada llamaron á un famoso pintor para que la restaurase. No bien hubo este puesto el pincel en la efigie, cuando quedó ciego, y así permaneció por espacio de tres meses, hasta que discurrió que la medicina debia de venir de la misma mano de donde habia venido el mal. A este fin rogó á los monjes que pues ellos eran la causa de su trabajo, interpusieran sus oraciones para alcanzar el remedio. Con efecto estando ellos cantando el himno *Ave, maris stella*, al llegar á aquellas palabras: *Profer lumen cæcis*, muestra la luz á los ciegos; recobró el pintor la vista. Con estos ejemplos y otros muchos ha manifestado la Virgen el contentamiento que recibe de ser saludada con un himno tan devoto. Así es que muchos siervos suyos